

Comín

Yo no puedo escribir de Alfonso Carlos Comín como se escribe de un muerto, por querido que haya sido. Podría quizás escribir una carta, pero ni es mi estilo, ni un diario el lugar, y a veces se llega a un tipo de compenetración afectiva que no es del tiempo ni se expresa en palabras. Encima, la que el tópico periodístico llama larga y penosa enfermedad nos había llevado a una ascesis de la discreción que obviaba las «palabras verdaderas».

«Cuida de tu salud como el árbol cuida de la hoja que ha de caer». Esto lo leyó Alfonso en los años cincuenta —y lo contó en un artículo de «El Ciervo»— en la cocina de sus amigos los «petit-frères» de Foucauld, en los Monegros. Ese exquisito cuidado le ha tocado a Maria Lluïsa, compañera en todas sus aventuras interiores.

Conforme a la paradoja evangélica, su vida él la ha entregado, siempre y en todas partes, con una generosidad y una vitalidad desbordantes, y por eso no la ha perdido.

Al consumir su larga pasión, Alfonso Carlos, una de las pocas personas para las que hablar de la otra vida no era distinto de hablar de ésta, no puede dejar de ser el que siempre ha sido, el profeta que busca la tierra prometida, el hombre que busca la verdad. La diferencia, y es inevitable ponerse un poco a la sombra de su estilo, como el aire da vida al que lo respira, es que ya está en lo prometido y en la verdad.

Aragonés, de familia carlista, estudiante crítico en los jesuitas, ingeniero industrial, siempre entre la contemplación y la acción, mantuvo su fidelidad religiosa en su fidelidad política, y ha querido ser y ha sido cristiano en el partido comunista y comunista en la Iglesia. Para decirlo en el lenguaje de colegio, yo me siento completamente interno en una de sus fidelidades y externo a la otra. Pero por que no se sintiera dolido quizás en algún comentario irónico sobre la cosa pública, he dejado más de una vez de escribir algo, invisible y entrañable censura.

Ahora le siento liberado. En la mesilla de noche quedaba su Mounier y su Nuevo Testamento. El fulgor iluminado de su mirada y su sonrisa, las mismas a través de los años, nos deja eso que todos decimos que andamos buscando en un mundo contaminado: calidad de vida.

Lorenzo Gomis